

## La especie nueva

Por el Profesor Anastasio Alfaro

Había entrado ya la estación seca; era a fines de enero de 1886, cuando resolví pasar una o dos semanas en la costa del Pacífico, con el objeto de coleccionar pájaros para nuestra Exposición Nacional, que se llevó a cabo el 15 de setiembre del año referido.

Dichosas las épocas de la vida en que los estudios de colegios se hallan frescos aún; en que las novelas de Julio Verne mantienen en constante ebullición la inteligencia, y en que el deseo de respirar el aire puro del campo impulsa a la juventud a los montes!

Había escogido, para mi centro de operaciones, un lugar llamado Las Trojas, a orillas del Río Grande de Tárcoles, lugar en extremo pintoresco a principios del verano. Las márgenes del río, cubiertas de pasto verde amarillento, parecen el lazo de unión entre el color del agua y el verde intenso de los montes. Un aire fresco y puro, a veces tibio, a veces fresco debido a la brisa del mar que se desliza y asciende suavemente sobre las aguas del río, impulsa al trabajo y a la contemplación de la Naturaleza. El perfume de las flores y el canto de las aves, que para otros pasan desapercibidos, atraen al estudiante de manera irresistible; las percepciones parecen adquirir cierta agudeza; los menores atractivos del bosque nos seducen. Cuántas veces me quedé absorto en la contemplación de una araña, que tejía su tela, con la misma admiración con que, algunos años más tarde, contemplé los cuadros de Murillo en el Museo de Pinturas de Madrid!

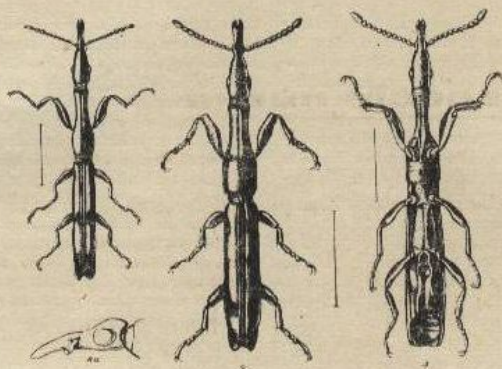
El rancho de Las Trojas se hallaba debajo de un frondoso árbol de balsa, cuya sombra marcaba el límite entre el calor ardiente del campo descubierto y la temperatura agradable del bosque sombrío. Mi cam-

pamento era un simple rancho de verano, habitado por un viejo sabanero y su hijo; éste último preparaba el cocido, asaba los plátanos maduros y cuidaba de que los zopilotes no se bañasen frecuentemente en leche.

Excelente oportunidad para coleccionar pájaros: por un lado las márgenes del río habitadas por aves acuáticas de variados colores; luego los campos cubiertos de yerbas, y después el bosque, cada vez más alto a medida que se alejaba de la vega destinada a la engorda de ganado. Una hora de cacería en la mañana suministraba material para disecar hasta la puesta del sol.

En mi primera cacería maté un zaino, con lo cual tuvimos carne para almorzar y comer casi dos semanas. Cada especie que veía por primera vez me parecía una novedad. Nunca olvidaré el desaliento que me producían las cartas de don José, mi maestro de disección, cuando me decía: "El pajarito negro con la cabeza roja, de que usted me habla, es el *Pipra mentalis*; el otro, rey de los traga-moscas, como usted lo llama, porque tienen un copete precioso, extendido en forma de abanico, es el *Muscivora mexicana*". Y así de seguido iba matando, con sus respuestas, una tras otra todas mis ilusiones.

Ya me disponía a regresar a San José con mis doscientos pájaros disecados, cuando en la tarde del sábado, víspera de mi salida, se presentó un joven amigo que venía de Tárcoles y me dijo: "Acabo de coleccionar en la otra orilla del río esta gallinita que andaba entre las yerbas; diséquela usted, y llevará un ejemplar más en su colección." Pertenece en efecto a la familia de las gallinas de ciénaga; era una Porzana de color chocolate oscuro por encima, con



Grupo de "Taphroderes", según la Biología Centrali - Americana

el vientre rayado transversalmente de blanco y negro. No me pareció de interés el regalo; mas por ser una especie que yo no tenía, la disequé, con la misma indiferencia con que habría diseado un zopilotoillo.

Quién se hubiera imaginado que aquella gallinita de ciénaga era la perseguida especie nueva!

Se acostumbra entre los naturalistas dedicar algunas especies nuevas a los colectores de muestras de Historia Natural, como recuerdo de los servicios prestados a la Ciencia, ya que estos trabajos se hacen gratuitamente, sin otra recompensa que la satisfacción incomparable de contribuir al ensanche de los conocimientos humanos. Así, por ejemplo, al malogrado don Fernando Nevermann le dedicó el Doctor Richard Kleine un coleóptero nuevo, con el nombre de *Taphroderes nevermanni*.

El grabado que publicamos representa tres formas esbeltas de estos insectos, según aparecen en la Biología Centrali-Americana, aunque pertenecen a especies similares solamente: el marcado con el número 1 es el *Taphroderes rectus*, de 17 milímetros de largo, color negro intenso, con dos

líneas amarillas, paralelas, interrumpidas al centro de los élitros, a la altura de las patas posteriores. Esta especie fue recogida primero, a fines del siglo pasado, en la provincia de Chiriquí.

El número 2 corresponde al *Taphroderes beltianus*, colectado antes en Chontales y Panamá. Es un insecto robusto, en su género, de dos centímetros de largo, color negro, aunque ligeramente rojizo por debajo, con los élitros decorados de manchas o reflejos arborinos, que le dan una apariencia muy interesante, por su forma y colorido, como puede apreciarse en el grabado que reproducimos.

Con el número 3 está marcado el *Taphroderes ventralis*, visto por debajo para poner de manifiesto sus detalles característicos; mide quince milímetros de largo y su color es negro lustroso, con cierto tinte rojizo en la cara inferior; por encima presenta algunas sombras amarillas, que contribuyen a realzar el brillo decorativo de los élitros. Esta especie es de origen panameño, como las anteriores, seguramente por ser ese territorio más fácilmente explorado por los entomólogos.

Hay tal vitalidad en estos animales, que un ejemplar con la cabeza y el tórax separados del resto del cuerpo, siguió moviendo las antenas y las patas por más de tres días, poniendo de manifiesto que la fuerza motriz reside en ganglios distribuidos a lo largo del sistema nervioso. Las alas son largas, hialinas, de color gris, como las de la mosca; pero una vez abiertos, en la agonia de muerte, no se vuelven a cerrar.

Mis ejemplares en observación se han mantenido durante los meses de setiembre y octubre alimentándose con madera de poró, medio podrida, al parecer satisfechos de la reclusión en que se hallan. Durante las horas de la noche viven ocultos, pues solamente la luz solar o alguna flor de margarita los inducen a salir de su escondite, sin haber logrado siquiera tentativas de apareamiento.

La unión sexual de los coleópteros resulta un acto prolongado, como el de las tortugas, pues tienen que fecundar centenares de huevos: una pateja de violines, observados en cautiverio, estuvieron unidos en la primer semana de agosto por más de veinticuatro horas.

El aperamiento de otros insectos similares, según Fabre, dura casi todo el mes de julio: durante cuatro semanas no deja el macho de cabalgar sobre su compañera, que va errante de un lugar a otro y escoge, con la punta del oviducto, las fisuras de la corteza favorable al depósito de los huevos. De cuando en cuando se desmonta el macho para buscar alimento, pero luego vuelve a ocupar su silla, de la que usa y abusa a todas horas, sin darle tiempo a la hembra apenas en el momento de la postura. Terminada la función biológica ambos cónyuges desfallecen y mueren pocos días después.

El título de especie nueva se da por los especialistas a todas las plantas y animales que no están catalogados en los libros de Historia Natural; pero lo que resulta nuevo para la ciencia, puede ser conocido desde antes por simples campesinos: cuando obtuvimos en el volcán de Poás la *Zeledonia coronata* le pregunté a Elías Fernández, cazador de orquídeas y colibríes, si conocía ese pajarito y me contestó afirmativamente, agregando, que en las montañas de la Es-

trella había, además, otra especie que tenía la frente plateada. Efectivamente: pocos días después trajo a nuestro Museo Nacional algunos ejemplares de ambas especies nuevas, remachando el aforismo latino de *Nihil novum sub solem*, pues lo que es nuevo para unos, puede ser conocido por otros con anterioridad y no es raro, que por falta de conocimientos especiales, se tenga por nuevo lo que era conocido mucho antes.

Muchos de los hallazgos resultan casuales, pues como dicen los cazadores, donde menos se piensa salta la liebre: tratábamos de averiguar el motivo de un pequeño túmulo, en Santa Clara, y cuando la excavación tenía medio metro de hondo, apareció una cavidad del tamaño de una naranja, perfectamente esférica, que contenía hormigas bermejas, las cuales se fingieron muertas apenas las descubrieron; mas al colocarlas entre un tubo de alcohol se movieron para morir luego. Tales hormigas resultaron pertenecer a un género completamente nuevo en la clasificación entomológica.

Todos los animales y las plantas han sido especies nuevas al coleccionarlas por primera vez: así recuerdo el entusiasmo con que el doctor Carlos Emery recibía en Boloña las hormigas que se le enviaban de Costa Rica desde 1890; es una hormiguita verdaderamente encantadora, decía, y sus descripciones, publicadas en latín, perduran sin modificación alguna después de medio siglo, a pesar de haber pasado por la censura del Doctor Augusto Forel, tan eminente como él en asuntos myrmecológicos. Como era un filón, inexplorado, casi todas las formás resultaban una novedad: las hormigas de cotizuelo y las de guarumo, por ejemplo, eran totalmente desconocidas en la nomenclatura científica.

Ningún esfuerzo se pierde en la vida: han debido pasar largos años dedicados al estudio de las abejas, antes de que se haya aprovechado la ponzoña de estos animalitos para preparar inyecciones curativas del reumatismo, con absoluta eficacia. Las investigaciones sobre hormigas tropicales suministraron el conocimiento del Kelep, enemigo encarnizado del picudo, que ataca las cápsulas del algodón, inutilizando completamente la

fibra de esta planta importantísima para la fabricación de telas y vestidos.

La gran mayoría de los colectores prefieren concertarse a un ramo especial para obtener resultados más satisfactorios; pero al recoger peces pequeños de río, con anzuelo, se presenta otro aficionado al mismo deporte y le recomienda la pesca con lombriz cuadrada, por ser rojiza, más blanda y preferida por los barbudos, sardinas y otros vertebrados de menor tamaño, que pululan en las aguas dulces. Estas lombrices resultaron una novedad para el especialista que las clasificó en Turfín; mas es necesario que haya algún Naturalista dedicado al estudio de tales novedades, porque de lo contrario los ejemplares perduran colectados, corriendo el riesgo de perderse la especie, sin entrar en la nomenclatura científica. Así podrían citarse centenares de casos similares, todos recogidos con mucho cariño, por amor al ensanche de las ciencias biológicas, que constituyen un hermoso derrotero de la vida.

La gran mayoría de los naturalistas que estudiaron nuestra fauna nacional han pasado ya el dintel de la eternidad, dejando un estela luminosa en el cielo de Centro América.

Un deber de profunda gratitud nos obliga a consignar un recuerdo de cariño a los naturalistas que en otros tiempos se dedicaron a estudiar, con amor, sin interés lucrativo, la Fauna y Flora nacionales.

No sería posible, sin escribir un libro bibliográfico, citar a todos los hombres de ciencia que se ocuparon de los animales y las plantas de Costa Rica; pero debemos citar algunos de ellos, que describieron especies

nuevas. Los Doctores Allen y Frantzius se ocuparon de los mamíferos, el primero describiendo muchas formas raras, que le enviábamos al Museo Americano de Historia Natural, y el segundo colectando y catalogando todo lo que obtuvo durante su permanencia en este país.

La lista de los ornitólogos sería interminable, comenzando por Salvin, editor de la Biología Central-Americana, y terminando con el costarricense don José Zeledón, sin contar con el profesor Ridgway quien publicó ocho volúmenes de pájaros del Norte y Centro América y pasó en esta capital dos largas temporadas.

Los reptiles y batracios fueron estudiados por el Capitán Cope y el Doctor Stejneger, los peces por los Doctores Regan y Meek, este último estuvo colectando aquí, y tuvimos el honor de almorzar con él en nuestra casa, después de una pesca con sed en el río Tiribí.

El recuento de los entomólogos es todavía mayor: el Doctor Calvert publicó un libro sobre su permanencia de un año entre nosotros, en 1910. El Dr. Schaus describió más de mil palomillas nuevas, colectadas por él durante su larga permanencia en la cumbre de nuestros volcanes; el Profesor Rehn visitó dos veces nuestros campos y ha publicado muchas especies nuevas. Los Doctores Emery y Forel estudiaron por algunos años las hormigas tropicales americanas; don Fernando Nevermann y tantos otros tienen sus nombres tan ligados a la fauna nacional como el Profesor don Pablo Biolley, todos de grata memoria, sin contar los botánicos como Standley y otros muchos, de los cuales nos ocuparemos oportunamente.